

Lo cierto es que conectar con la cultura gitana ha sido siempre enormemente difícil. Ahí están las manipulaciones que se han hecho del cante —y en este punto, sin entrar en las consabidas y también racistas polémicas de gitanófilos y gitanófobos, habría simplemente que reconocer la impregnación que las clases populares andaluzas tienen de ciertas notas originariamente gitanas—, endulzándolo, quedándose en el análisis arqueológico de sus formas, o sumergiéndolo en alcohol, para demostrar hasta qué extremo muchos son incapaces de afrontar un testimonio de la comunidad gitana. El hecho de que esa cultura haya sido largamente segregada explicaría, a su vez, la desconfianza con que desde ella se contempla a los tradicionales enemigos. Desconfianza temerosa, que a menudo se enmascara de falsa sumisión. Escuchar manifestaciones sinceras de ese mundo es, no perteneciendo a él, difícil, y hasta yo diría que nuevo. Sometidos a una constante inferiorización, la defensa contra la inseguridad resultante no puede ser otra que la íntima sobreestimación de los propios valores y cierta ocultación de su realidad ante los ojos extraños.

Ese conjunto de factores, unido a la marginación escolar padecida, explica con creces que no exista una literatura gitana. Hay, como en el caso del Romancero de García Lorca, textos escritos «desde fuera»; por mucho amor que pusiera en el empeño, él no pertenecía a esa «cultura de sangre», y fue muy honrado y muy objetivo por su parte —sin que hubiera, como algunos gitanófilos han pensado, nada de despectivo en ello— que se rebelara contra quienes le veían como gitano. Contra lo que Lorca se rebelaba —y la trivialidad de muchos seguidores de Lorca, cogidos por el pintoresquismo del Albaicín, prueba que el poeta tenía sus razo-

nes— era contra el «gitanismo», contra el cliché, y nunca contra el gitano. Escrito «desde dentro» hay bien poco. El mismo lenguaje originario —y es sintomático que con tantos estudiosos de todo como siempre ha habido nadie se interesara por ese lenguaje— se ha perdido prácticamente.

Es en este marco donde debe contemplarse el libro de versos «Penar Oconos», del granadino José Heredia Maya. Es el suyo un castellano conformado por ritmos y sonidos insólitos, como ocurre con el castellano afro-cubano de Guillén. A veces, Heredia introduce algún término caló, pero lo fundamental es la sensibilidad con que el escritor moldea el castellano, se apropia de él y lo transforma.

Libro breve, poéticamente rico, serio, en el que, sin tópico alguno, sacando el dolor de la propia sangre, Heredia Maya alumbra la vieja y no vieja historia de su pueblo:

Después vino el des-
[tierra
hégira desde siempre
por todos los caminos
proscrito
apátrida
de todas las coronas
acosado
por toda la jauría
vejado
fustigado
por decretos
cincelados a punta de
[desprecio.

¿Cómo no acordarse de los versos de Esprú y de cuantos han cantado la marginación de sus comunidades y sus culturas? Tratándose del mundo gitano español, el fenómeno es nuevo e importante. ■
JOSE MONLEON.

«Bumerán»

Aparece *Bumerán* (1) como un intento más de romper cadenas. La novela cumple con creces el requisito indispensable en esta clase de literatura de llevar un universo dentro. En-

(1) J. M. García Ramos. Taller de Ediciones. Madrid, 1974.

cierra el universo captado durante la infancia y la juventud del autor, que nos dice que su novela es, hasta cierto punto, autobiográfica, que es recordado luego, para lanzarse más tarde, a la empresa de plasmarlo literariamente; una serie de vivencias, sucesos, situaciones y conflictos que lo impresionaron o que han influido en su vida posterior, así como de personajes que ha conocido, con los que ha jugado o con los que ha tenido relación de alguna clase. Estos acontecimientos, personajes y tiempos forman una estructura en la que

urdir mil arabescos. Se requieren tiempo y atención para captar todos los matices de *Bumerán*, relacionar algunos acontecimientos con los que le siguen o preceden, interpretar el papel que juegan las escapadas a lugares exóticos o descubrir los sutiles engarces que unen la trama, condiciones, todas ellas, imprescindibles para subsanar la primera impresión que pueda producir un aparente desajuste temporal o una incoherencia en el tratamiento de los espacios o al presentarnos los personajes. Y quiero hacer hincapié sobre la calidad de es-



realidad, sueño, añoranza y fantasía se mezclan de forma difícil de desentrañar. El espacio es un calco de la vieja ciudad, llena de solera, donde nació y se ha desenvuelto su vida hasta ahora, y la calle Rey Pastor, la plaza Mirto, los bares Río de Janeiro o Yanko y la casa de Domingo Febles, donde había una fertería al principio de la calle César, antes de ensancharla y asfaltarla, son lugares similares a los de sus juegos callejeros y a aquellos donde vivió, estudió y se fue enfrentando con lo que ahora nos cuenta y formando su vocación de escritor y crítico, y a los que vuelve, con nostalgia, el hilo narrativo, como el «boomerang», después de ser lanzado mil veces y de

tos y sobre dos factores que me parecen los más destacables de la novela: el isleñismo agobiante y el ambiente social que rodea a los personajes haciendo más insostenible ese isleñismo.

El ambiente es algo tabú, estancado, con clases y profesiones que son cotos cerrados. Ambiente vacío, donde Elvira María, la niña aristocrática, es adúltera por su rutilante cacharro, y aquí ha sabido García Ramos dar fácilmente en el clavo sobre lo que socialmente representa el triciclo de esta niña. Los personajes viven «el duelo infinito» de una vida gris, sin pena ni gloria, «paseándose, hablando tranquilamente de nada, bobeano tontamente», y el na-

rrador «se había sin lograr un momento de sosiego», pese a estar integrado en el medio, y donde Alfa Romeo, bares, chicas, conformidad burguesa, todo se le antoja odioso, pero le resulta imposible evadirse, desprendiéndose del viejo traje bordado de oro, y sólo le queda, como último recurso, el soñar, logrando en el segundo sueño, el más teñido de añoranza, una plena pero accidental liberación, posiblemente por ser este sueño el más irreal o el más irrealizable.

Isleñismo: «las ruedas me chirriaron al doblar Rey Pastor...». El «boomerang» ha cubierto su ciclo. El coche vuelve a pasar mil y mil veces por el mismo lugar. Entre puntos suspensivos quedan todos los intentos de evasión de lo que la isla representa de encierro. El narrador no ha encontrado un pequeño istmo liberador. Todo se cierra por el mismo lugar por el que se había abierto, círculo vicioso de inconformismo e inadaptación, con el deseo vehemente de ser lanzado, de tener, como Rosarito, los arrestos suficientes para largarse a Cuba cuando la vida familiar se le hacía insoportable, en busca de tierras y caras nuevas, pero también, en el fondo, con el de volver a pisar los suelos que antes nos quemaban, de no encontrar el istmo buscado. Continuo lanzar y recoger, soñar que es lanzado con la certeza de despertar con la satisfacción y la alegría, el desconsuelo y la amargura de que todo ha sido sólo un sueño... de que se han dejado «atrás tantas cosas no vistas». ■ F. F.

Las asociaciones asturianas y el Día de la Cultura

Frente a la horrorosa Universidad Laboral, en la carballeira «Los Mai-

zales», entre árboles centenarios, avisos de ANA (Asociación Asturiana de Amigos de la Naturaleza), y con la asistencia de unas cinco mil personas, según calcula el diario «La Voluntad», se ha celebrado el «Día de la Cultura», que durante los tres últimos años viene organizando la Sociedad Cultural Natahoyo, en colaboración con la Gijonesa, Gesto y Pumarín, todas ellas asociaciones independientes situadas en distintos barrios de Gijón. Otras asociaciones que han estado presentes, como en otras ocasiones, desplazándose en autocares desde sus respectivas localidades, son las de Oviedo, Asociación de Amigos de Mieres, Amigos del Nalón de Sama, Grado y Avilés. La sola enunciación de estas sociedades y el hecho de su participación conjunta en un Día de la Cultura cuya institucionalización es tan ajena por sus intereses como por sus resultados a esos días consumísticos que en los últimos años han impuesto los grandes comercios y empresas, o a cualquier otro tipo de celebraciones manipuladoras, creo que puede dar idea del interés que ofrece en cuanto decisión voluntaria y colectiva de participación de la sociedad civil asturiana en la actividad cultural y en su democratización, actividad habitualmente abandonada a instituciones oficiales o a entidades interesadas con fines particulares propios, y, por ello, a menudo deformadores.

Los actos se sucedieron casi sin descanso durante toda la jornada, y han contado con un interesante invitado, el cantante portugués Xosé Afonso, que ya había cantado hace dos años en las culturales asturianas, como en esta ocasión, acompañado de otro cantante de la nueva canción ibérica, el gallego Benedicto.

El programa del día, abundantemente difundido en murales, propaganda manual y en la prensa, se inició con un pregón del abogado ▶